

VOCES MARGINALES EN “BIENVENIDO A TU NUEVA VIDA” DE URIEL QUESADA

Virginia Caamaño M.

RESUMEN

La narrativa costarricense actual pone en circulación una serie de temas nunca antes tratados en nuestra literatura; tal es el caso del texto de Uriel Quesada, donde la problemática gay y el homoerotismo se plantean a partir de la voz del narrador- testigo-protagonista.

Palabras clave: Literatura costarricense, Uriel Quesada, homosexualidad, homoerotismo.

ABSTRACT

The current Costa Rican narrative includes topics that have never been written about before, such as Uriel Quesada's text, where gay issues and homoerotism are approached from the narrator-witness-protagonist's voice.

Key words: Costa Rican Literature, Uriel Quesada, homosexuality, homoerotism.

1. Introducción

El proyecto de la Modernidad¹ se ha caracterizado por estructurar el mundo a partir de amplias categorías, construidas en términos de oposición binaria: masculino/femenino; blanco/negro; europeo/americano; rico/pobre; heterosexual/homosexual; etc. En cada caso, uno de los pares es visto como superior y signifiante y el otro como inferior e insignifiante. Así se condiciona históricamente la forma en que se perciben quienes son incluidos en dichas categorías, impuestas y aceptadas como naturales y verdaderas, de manera que es el hombre blanco -europeo o norteamericano- adulto, burgués, cristiano y heterosexual quien se convierte en el paradigma y viene a representar la excelencia, o al menos la “normalidad” en el esquema de dominación establecido; quienes no se ajustan a él son excluidos, considerados como “otros”, inferiores.

Virginia Caamaño. Profesora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Universidad de Costa Rica, San Pedro, San José, Costa Rica.

En la América Latina del siglo XIX, ese discurso de los dominadores, interiorizado y naturalizado, fundamentó la construcción de los estados nacionales y animó la subalternización de una serie de sujetos sociales como las mujeres, las minorías sexuales, los indígenas, las personas negras y las de otras etnias y culturas, los campesinos, etc.

Luego de la llamada crisis de la Modernidad, gestada después de la Segunda Guerra Mundial—durante los años de la Guerra Fría— y que alcanza su clímax con la caída del muro de Berlín, surgen tres tipos de teorías, provenientes de diferentes lugares de enunciación, que según Walter Mignolo, citado por Castro-Gómez:

(...)rebasan epistemológicamente los legados coloniales de la modernidad: La posmodernidad, el poscolonialismo y el posoccidentalismo. Mientras las teorías posmodernas expresan la crisis del proyecto moderno en el corazón mismo de Europa (Foucault, Lyotard y Derrida) y de los Estados Unidos (Jameson), las teorías poscoloniales hacen lo mismo, pero desde la perspectiva de las colonias que recién lograron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial, como es el caso de la India (Guha, Bhabha y Spivak) y el Medio Oriente (Said). Por su parte, las teorías posoccidentales tienen su lugar “natural” en América Latina, con su ya larga tradición de fracasados proyectos modernizadores (Mignolo, Moreiras, Beverly).

Común a estos tres tipos de construcción teórica es su malestar frente al nuevo despliegue tecnológico de la globalización a partir de 1945, y su profundo escepticismo frente a lo que Habermas llamase el “proyecto inconcluso de la modernidad” (Castro-Gómez 1997: 17-8).

Común es también a ellos la búsqueda de estrategias discursivas, desde las cuales los sujetos excluidos puedan construir sus propias representaciones; para ello se apoderan de lenguajes y códigos dominantes, con el fin de desmitificarlos y llevarlos al límite. Se rechazan las voces subyugantes, falsamente universales, y se abre el espacio a una multitud de voces marginadas que proponen otras formas de convivencia.

Tal resquebrajamiento de los discursos hegemónicos es muy evidente en la narrativa, sobre todo de las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos. Ya no podemos hablar de “una literatura” de la región con determinados rasgos que la unifiquen y den una identidad propia, con excepción, tal vez, de un retorno al realismo, la presencia del referente urbano, la lengua común y una especial apertura hacia el lector. La fragmentación regional, nacional y cultural se imponen en la narrativa latinoamericana y las voces, anteriormente silenciadas, nos refieren, por lo general, problemáticas individuales: angustias existenciales; búsquedas íntimas, de identidad sexual, étnica, cultural; expresan sus temores, sus carencias, sus adicciones; nos hablan de incomunicación y aislamiento, con una visión parcial del mundo que los rodea.

La narrativa costarricense actual también se inscribe en esta renovación ideológica, a partir de los textos de escritores que retan los discursos hegemónicos y dicen lo no dicho: narradores como Fernando Contreras, Tatiana Lobo, Carlos Cortés, José Ricardo Chaves y Uriel Quesada, de quien comentaré el cuento “Bienvenido a tu nueva vida”, incluido en su último cuentario *Lejos, tan lejos*, publicado por la Editorial Costa Rica este año. Esta narración también aparece en la antología *Líneas Aéreas*, editada en España por Eduardo Bécerra y publicado por la Editorial Lengua de Trapo (1999).

Otros libros de Uriel Quesada son: *Larga vida al deseo* (1996), *El atardecer de los niños* (1990) y *Ese día de los temblores* (1985). El escritor ha recibido los premios Seix Barral Centroamericano de Ensayo, el de la Editorial Costa Rica en cuento y el Aquileo Echeverría también en cuento. Algunos de sus textos narrativos y ensayos han sido traducidos al inglés, portugués y alemán.

2. Marginalidades

“Bienvenido a tu nueva vida”² fue publicado primeramente —hará unos tres años— en el Suplemento Cultural *Áncora*, del periódico *La Nación*. Las críticas y la censura que recibió, por la temática gay y homoerótica propuesta, evidenciaron, sin lugar a dudas, la ideología patriarcal y homofóbica imperante e impidieron que un sector, amante de la buena literatura, expresara su satisfacción por la puesta en circulación —en un texto escrito estupendamente— de situaciones de la vida contemporánea, que nos involucra a quienes aún soñamos con vivir en una sociedad donde cada ser humano, sin distinciones de ninguna índole, tenga su lugar y sus derechos reconocidos y respetados. “La ‘homosexualidad’ es una de las posiciones sociales que producen una forma de sufrimiento psicológico especial”, dice Didier Eribon en *Reflexiones sobre la cuestión gay* (2001), cuyas propuestas guiarán nuestro abordaje del texto y facilitarán nuestro acercamiento al narrador, mientras lo seguimos a lo largo del relato, contado en primera persona.

El narrador, testigo y protagonista a la vez, nos cuenta esta historia por medio de imágenes claras y precisas: está en un tren y mira por la ventana hacia un grupo de personas que, en el andén, despiden a alguien a quien no alcanza a ver. La curiosidad lo estimula a no perder detalle.

Acto seguido, nos sitúa en el tiempo: principios de diciembre del 86 a las 2 y 45 de la tarde; y en el espacio: un compartimento de un tren en la ciudad de Londres. Nos dice, además, que tiene 24 años y hace unos meses dejó Costa Rica y casi todo lo que lo ataba y se vino “a reventar a Europa”, con el propósito de “recorrer todo lugar posible, comer cuando pudiera, trabajar si alguien se arriesgaba con un desconocido, sudaca por más señas y de un país cuyo nombre resulta imposible retener en la memoria” (Quesada 1999: 237).

¡Cuántas marginalidades puede acarrear una persona con ella! Llega a Europa y no tiene un lugar fijo para vivir; solo podrá comer si trabaja, y es “sudaca”, ¿quién se arriesgaría a emplearlo? Viene de un país del cual, probablemente, muy pocos han oído hablar.

Si tuvo suerte y trabajó y comió, no nos lo cuenta el joven, pero sí que se enamoró de París y quiso pertenecerle, pero la ciudad no lo aceptó: “es escurridiza, fría y lejana con los extranjeros” (237). Allí conoció a un joven australiano, muy alto y simpático, con quien se emparejó: “durmiendo muy juntos en modestas pensiones” (237). La voz del narrador es, a partir de este momento, no solo la de un hombre joven, sino la de un hombre gay, cuya sexualidad, estigmatizada, implica marginación y exclusión. Su discurso, de réplica, nos obliga a escuchar la palabra de muchos otros gays e integrantes de minorías sexuales, que fueron reducidos al silencio. La huida de Costa Rica para “reventar en Europa” adquiere entonces significación. Salir del país implica abandonar sus ciudades provincianas, donde no es posible guardar secretos que, de ser conocidos, generarían una cadena ascendente de mecanismos descalificadores, tales como miradas, comentarios, bromas y chistes, que terminarían, muy seguramente, en la burla cruel, el insulto y la agresión. Implica también salir de pueblos donde no se puede “ser” como se “es” y para sobrellevar tal diferencia se hace necesario ocultarse en el “closet”.

En este contexto, la palabra “closet” tiene una doble significación: por un lado, “designa el espacio, el lugar (social y psicológico) en donde están escondidos los gays y las lesbianas que disimulan su homosexualidad” (Eribon 2001: 73). Para los militantes gays, el closet es el símbolo de la vergüenza y de la sumisión a la opresión. Pero se olvidan de que

también es el lugar de la resistencia a esa opresión, tal vez la única manera de vivir su sexualidad, en sitios donde no es posible hacerlo abiertamente.

Según Eribon (2001: 35), las personas gays generalmente tienen la necesidad de emigrar hacia “climas más benignos”, como Europa, con sus grandes ciudades y sus redes de sociabilidad: “símbolos maravillosos de una cierta libertad”, que vienen a representar un trayecto no solo geográfico sino también psicológico, donde el gay se “reinventa” a él mismo, al escapar de la injuria y la estigmatización que su condición de marginal provoca y que marcan su personalidad, su subjetividad. Porque la injuria —dice Eribon— “es un acto del lenguaje —o una serie repetida de actos— por el cual se asigna a su destinatario un lugar determinado en el mundo” (31). La injuria y el insulto son enunciados preformativos, que en el momento de ser pronunciados separan a los “normales” de los “estigmatizados” y sentencian a estos a vivir en los márgenes señalados para ellos por la ideología dominante. De ahí la necesidad del narrador de irse fuera de su medio a “reventar”, para olvidarse de la timidez, del malestar y la vergüenza que la hostilidad del mundo exterior le producen; renacer a partir de la toma de conciencia de su condición y reinventarse al salir de su silencio, al asumirse en su diferencia y dejar de esconderse por ella; en otras palabras, de tomar la decisión, por fin, de salir del closet.

Con su compañero australiano, llega a Londres en busca de unos amigos que nunca encontraron. El día en que ocurren los hechos que relata, va de regreso a París, en ruta para Costa Rica. De su amigo no sabemos más. Puede que esa amistad sea solo otro elemento en su proceso de reinención, un paso hacia su integración dentro de lo que se ha llamado el “estilo de vida gay”, ese “Carpe Diem” donde se vive cada momento con toda la intensidad y con el mayor gozo posible, sin pensar en lo que vendrá. Esto sucede como consecuencia de un deseo de romper con los valores y patrones de comportamiento de la sociedad y familia tradicionales, en el que el compromiso, la heterosexualidad obligatoria, la monogamia —sobre todo para las mujeres— y la planificación del futuro son mandatorios.

La escena en el andén continúa desarrollándose ante la atenta mirada del narrador, quien observa una figura algo apartada del grupo familiar que se despide y a quien describe como:

(...) un hombre joven (que) se encorva y por un instante oculta el rostro contra su pecho. Trata de mantenerse discreto, al margen de la algarabía. Da veloces miradas hacia un punto que debe ser la entrada al vagón, pero no puede sostenerlas mucho rato. Su cabeza cae inevitablemente. Cuando los otros empiezan a moverse, siguiendo a alguien que avanza por el vagón, el joven levanta la vista otra vez y se queda inmóvil.

Desea estar solo, me parece, o es incapaz de sobreponerse al sentimiento que lo ha fijado en el andén.

A pesar de la distancia distingo sus rasgos pronunciados, su rostro anguloso, muy flaco para mi gusto. Está vestido con un traje que le queda corto. Trae algo en la mano: otra flor (Quesada 1999: 238-9).

La figura del joven llama mucho su atención, siente la necesidad de buscarlo con la vista...

(...) terminé fijándome otra vez en el muchacho triste. También yo empiezo a llenarme de melancolía (239)

(...) busco y ahí está: el muchacho triste con su flor en alto hacia nosotros, su cuerpo hecho piedra en el mismo sitio, su angustia que desea venirse en el tren, huir simplemente (240).

¿Por qué estará en el andén, con una flor en la mano este hombre joven, flaco, mal vestido y sobre todo, triste y aislado, apartado del grupo, en actitud de derrota y desamparo? Pareciera despedir también a las dos personas que están siendo acompañadas por el grupo familiar y que, al fin, han subido al compartimento desde el que observa el narrador. Se trata de una joven pareja que recién se ha casado, quienes ya dentro del tren, muy alegres y sonrientes, continúan recibiendo parabienes y despedidas.

La joven es descrita apenas, como rubia y de ojos enormes de “sorpresa ante el mundo”; su esposo de unos 24 años —misma edad del narrador y del “joven triste”— tiene una mano “(...) de dedos largos y uñas bien recortadas. No puedo evitar fijarme en ella, tan varonil y fuerte” (239). En ella se destaca, por su brillo, el aro matrimonial.

El tren parte y el narrador, contagiado por la tristeza del joven flaco, siente la necesidad de tener a alguien de quien despedirse y por instinto dice adiós, aunque luego se recrimina y se llama tonto. Esta tristeza es, según Eribon, la melancolía que muchas personas gays sienten por un duelo que nunca termina, un duelo producto de las pérdidas que su condición sexual les depara. Han debido —o han querido— alejarse y romper con las estructuras familiares y la obligada inserción social heterosexual en su medio original, todo lo cual les provoca angustia, soledad y aislamiento (Cfr. Eribon 2001: 59), muy bien expresados en el comentario sobre las despedidas con flores, que nos remiten a la idea de inmolación, de sacrificio, cuando dice: “(...) tal vez les gusta arrojarlas al paso del tren para que las atropelle y machuque” (Quesada 1999: 239).

Los recién casados se sientan frente al narrador y se besan y acarician, jueguetean entre ellos; pero mientras lo hacen, el pie del esposo acaricia la pierna de aquél y no por accidente. Agitado, el narrador sale al pasillo; poco después es seguido por el novio, quien, sin lugar a dudas, sin mirarlo ni una sola vez a los ojos y sin palabras, le indica lo que desea:

(...) entonces su mano enorme y bella, con el anillo reluciente, se posa sobre mi estómago mientras él sigue avanzando. Hace una levísima presión, pero es suficiente para aclarar el mensaje. Me dejo ir. Unos pasos más allá, la portezuela del baño nos invita. Entramos a ese mundillo vertical, reducido, desatinado, al trámite rápido. Tenemos muy poco espacio, pero de todas formas nuestros cuerpos no desean guardar ninguna distancia. El primer beso sabe a perfume de mujer y desesperación. Los siguientes tienen sabor a macho en celo (Quesada 1999: 241).

Las imágenes del acto homoerótico a continuación son precisas, directas y colocan al lector en un sitio no explorado hasta entonces en la literatura costarricense con tanta nitidez y maestría; por medio de esta voz narrativa que resignifica el discurso y reivindica la naturalidad de su relación, hablan muchas otras voces, anteriormente obligadas a callar, a ocultarse... el lector debe escucharlas.

3. Resignificaciones

La propuesta está finalmente completa: de un lado está el narrador, testigo y protagonista de esta experiencia, quien ha vivido un proceso de reinención de él mismo, iniciado a partir de su huida y exilio de Costa Rica, su toma de conciencia y asunción de otro estilo de vida. Del otro lado, el recién casado, quien aparece como una figura más que como un personaje, pues, como propone Nicole Loraux, es constituido por sus actos³, ya que nunca conocemos

nada de su interior, solo algunos rasgos de su exterior desde la mirada del narrador: su mano viril y fuerte, donde reluce el anillo matrimonial, y también el sabor a desesperación del primer beso. Se cuestiona aquí todo el estatuto de las categorías binarias de opuestos —heterosexual/homosexual—, pues el novio no se ajusta a ninguna de las dos, o calza en las dos a la vez, pero eso no es posible desde la lógica binaria occidental, porque son excluyentes; su actuar lo presenta como un bisexual: está recién casado y, hasta donde se puede deducir, no ha iniciado aún la “luna de miel”, pero ya ha tenido una relación homoerótica “de trámite rápido”. Su mano es fuerte, varonil y sus besos saben a macho en celo; pero de acuerdo con los estereotipos dominantes, un hombre que se relaciona sexualmente con otro no es considerado como hombre y se le llama con términos despectivos. En el relato, eso no sucede, pues el discurso adquiere un nuevo significado: naturaliza las relaciones del narrador con el joven australiano y con el recién casado, transformando subversivamente lo construido y reproducido como “anormal” en normal. El narrador es un hombre gay que se está diciendo; es sujeto de su propio y no Objeto del discurso del Otro.

De la lectura del relato, surgen muchas reflexiones e interrogantes. Nos preguntamos sobre el recién casado: ¿es bisexual?, ¿es un gay no “reinventado”, no asumido, que se oculta en el closet de lo que Adrienne Rich llama heterosexualidad compulsiva, porque teme mucho enfrentarse con el círculo familiar que tan felizmente lo despedía poco antes en el andén?, ¿o se considerará un heterosexual y por eso se casó? Si así fuera, ¿por qué su primer beso sabía a desesperación? ¿Era a él o a su esposa a quien el joven triste despedía y dedicaba su flor, su angustia y sus miradas desesperadas? Al evitar mirar al narrador, antes y durante su corto encuentro, excepto por unos segundos al final, ¿será porque no quiere verse reflejado en los ojos del otro y tener que aceptar lo que, probablemente, ha negado en su interior: su identidad sexual de gay? Durante esos segundos en que se ven a los ojos, el narrador descubre “(..) cuán grises e insondables son”. Si son el reflejo del alma, como se piensa popularmente, al ser insondables, no nos dicen nada de su propietario, son impenetrables.

El narrador no emite su opinión sobre el joven; no lo juzga explícitamente de ninguna manera. Sin embargo, el texto no abandona al lector y permite ensayar algunas respuestas. Por metonimia, podría pensarse que “el sol hipócrita que se arrastra de este a oeste sin calentar la ciudad”, descrito al principio del cuento, y el recién casado, tienen características similares: ambos son hipócritas, pues parecen ser y no son: el sol no calienta y se arrastra; el joven recién casado está desesperado —se nota en el sabor de sus besos—, pues no pudo escaparse de lo que Eribon (2001: 34) llama la “fatalidad de un matrimonio heterosexual”, que lo obligará a llevar una vida disociada y desdichada (Cfr. Eribon 2001: 46 y 74) al no reconocerse en su diferencia.

La esposa, tan radiante y enamorada —el amor es ciego, dice la tradición— tiene “ojos enormes, de sorpresa ante el mundo”. Ella ignora —o tal vez prefiere ignorar— la doble vida de su recién adquirido esposo, o quizá la intuye. Sus ojos enormes por ahora parecieran no ver, pero están preparados para recibir las sorpresas que el mundo le presentará tarde o temprano: las personas y las cosas no son lo que parecen y lo que creemos “normal y natural”, en numerosas ocasiones, no son más que construcciones culturales impuestas por las ideologías dominantes y excluyentes. Descubrirlo será, para ella, una sorpresa, probablemente muy dolorosa. La idea de posesión, de absorción del otro (Cfr. Giddens 2000) que conlleva el amor romántico, expresada en las frases “(..) y se mete en la caparazón que **su** hombre ha formado con el cuerpo” (Quesada 1999: 240) y “En su regazo reposa la cabeza de **su** hombre (..)” (241), resultará en desengaño, porque ese hombre no es suyo.

Cuando el narrador regresa al compartimento, los novios descansan. Muy poco después bajan en una pequeña ciudad, donde les espera otro grupo de personas y un anciano les dice: “Bienvenidos a su nueva vida, hijos”. El esposo no voltea a ver al narrador, quien continúa solo su viaje y concluye su relato.

Las palabras del anciano corresponden al título del cuento: “Bienvenido a tu nueva vida”, que genera más interrogantes aún: ¿de qué nueva vida se habla?, ¿de la vida común en el matrimonio, de la soledad compartida que deberán enfrentar a partir del juego de simulaciones y disimulos que ha impuesto necesariamente el joven al contraer matrimonio? ¿Ha renunciado, tal vez, a otra relación, la que tenía con el joven triste, por temor a desatar el odio y la estigmatización excluyente? ¿Implica esta nueva vida vivir sin la presencia de ese joven? Cada lector tendrá la oportunidad de intentar entender las situaciones planteadas en este extraordinario relato y ensayar algunas respuestas a tantas preguntas que afloran con la lectura.

“Bienvenido a tu nueva vida” surge entonces como un espacio privilegiado de reflexión, a partir del cual se podrían asimilar, conocer y respetar proyectos de vida alternativos, donde todos los seres humanos, sin distinción de ninguna especie, puedan negociar su relación con el mundo que los rodea de manera más justa y satisfactoria.

Notas

1. Según Giddens, la Modernidad surge, sobre todo, a partir del desarrollo de dos complejos institucionales: el estado nacional y la producción capitalista sistémica (Cfr. Giddens 2002: 162). Santiago Castro Gómez (1997:24), citando a Wallerstein, dice que “(...) es la constitución de un sistema-mundo, en donde Europa asume la función de centro, lo que produce el cambio radical de las relaciones sociales que llamamos “modernidad”. Lo cual significa también que la modernidad no es un fenómeno primordialmente geográfico y que, por ello mismo, no es la “cultura occidental” quien genera la modernidad, sino todo lo contrario: es la dinámica misma de la modernidad (y sus prácticas excluyentes) la que genera una representación llamada “América Latina””.
2. El texto utilizado es el publicado en la antología *Líneas Aéreas*. Editado y prologado por Eduardo Becerra.
3. “(...) a figure rather than a carácter. Not an interior whose hidden deviations might simply be exposed to the light, but an actor constituted by his acts (...)” (Loraux 1990: 22).

Bibliografía

- Bordieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler, Judith. 1999. “Sujetos de Sexo/Género/Deseo”. En Carbonell, N. y M. Torras, 25-76.
- Carbonell, N. y M. Torras. 1999. *Feminismos literarios*. Madrid: Arco/libros, S.L.
- Castro Gómez, Santiago. 1997. “Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de lo latinoamericano”. *Revista Estudios*. 5 (10): 9-30.
- Eribon, Didier. 2001. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A.

Giddens, Anthony. 2000. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

2002. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

González Stephan, Beatriz. 1991. “No solo para mujeres (el sexismo en los estudios literarios)”. *Escritura. Teoría y crítica literarias*. XVI (31-32): 103-113.

Halperin, D. *et al.* 1990. *Before Sexuality. The construction of erotic experience in the Ancient Greek World*. New Jersey: Princeton University Press.

Loroux, Nicole. 1990. “Heracles: The Super-Male and the Feminine”. En: Halperin *et al.*, 21-52.

Quesada, Uriel. 1999. “Bienvenido a tu nueva vida”. En: *Líneas Aéreas*. Edición y prólogo de Eduardo Becerra. Madrid: Editorial Lengua de Trapo, 237-242.

2004. *Lejos, tan lejos*. San José: Editorial Costa Rica.